
MAX WEBER: DOS CARTAS SOBRE EL PAÍS VASCO

Max Weber

Max Weber a Helene Weber
Deba
12 de septiembre de 1897

Deba 12.9.97

Hotel Deba

¡Acaba de llegar tu carta!

Querida madre:

Ni en San Sebastián ni en Bilbao se han recibido —según parece— cartas tuyas. Espero que en los próximos días podamos comunicarnos, pues nuestras últimas noticias datan de hace casi catorce días. También es posible que el servicio español de correos —esos vagos— sea culpable de todo y que los funcionarios, a los que dejé mi dirección, hayan tirado sin más las cartas.

Ayer noche estuve en el Club Alemán de Bilbao, jugando al skat y bebiendo cerveza Pilsen con el cónsul, con quien previamente había cenado y bebido

Reis

100/02 pp. 303-314

un magnífico vino del Mosela —algo diferente a las bebidas locales—. Previamente se había revelado como hermano del cártel de Tubinga.

El camino hacia Bilbao a través del paisaje montañoso es una de las cosas más hermosas que he visto. Castaños, plátanos y robles llenan los valles; en los claros que dejan crece el maíz y los arbustos de pimienta española, ambos con hojas grandes y de un gris oscuro y brillante, dando color a los ricos campos cultivados. Por todas partes, entre y en los montes, pueden verse las pequeñas aldeas, compactamente agrupadas en torno a sus iglesias, las cuales, con excepción de un rosetón circular y sin ornamentación situado en el lado estrecho y de una ventana situada en lo alto del lado alargado, son casi siempre edificios irregulares y sin ventanas, que apenas consisten en algo más que paredes, contrafuertes y un corto campanario cuadrado situado en cualquiera de las esquinas. (Así es también la iglesia de Deba. Todas ellas son poco vistosas en el exterior, si bien ciertamente grandes, parecidas a fortalezas. No obstante, al entrar en el oscuro espacio interior puede verse que sus bóvedas, en su mayoría de estilo «gótico temprano», son regulares y a menudo están divididas en tres naves, y que, además, ese interior está adornado con gran cariño, alcanzando gran belleza en muchos casos. Cada feligrés trae consigo una pequeña lámpara para poder leer, y se arrodilla junto a ella en el suelo; una imagen ciertamente peculiar.) La ruta hasta Bilbao transcurre durante dos horas por este paisaje montañoso, cuya configuración recuerda ciertamente a Alemania, si bien éste es más exuberante y rico en colores. Este tipo de paisaje continúa hasta una meseta en torno a Durango, una pequeña ciudad rodeada de ricas huertas a cuyo sur se alzan repentinamente, a modo de gigantesca sierra, altos peñascos dentados en todas las formas imaginables, alzados oblicuamente en el aire, montes que son el límite con el norte de Castilla. Uno conserva estas vistas montañosas y otras similares hasta acceder al valle del Nervión, donde se ubica Bilbao. El propio Bilbao está situado en un estrecho valle, rodeado de altos montes muy próximos al río. Éste sube de nivel con la pleamar, hasta tal punto que permite el acceso de grandes buques hasta el casco urbano. La escasez de espacio ha obligado a construir edificios de 5 ó 6 alturas. Las estrechas calles del Casco Viejo apenas permiten ver el cielo. Cada casa tiene o bien su serie de 5 balcones uno sobre otro, con sus cortinajes colgando, o bien —las más modernas— unos cajones de cristal de 5 pisos de altura a partir del primer piso —una serie de miradores de madera y cristal—. Nervión abajo se extiende el moderno ensanche de la ciudad, rápido en su crecimiento, pues Bilbao está inmerso en un acelerado desarrollo. Ya en los valles montañosos del camino y en los paseos en torno a la ciudad puede uno darse cuenta de que no sólo nuestro «Hotel», sino también todas las casas de campo y los pintorescos pueblecitos tienen iluminación eléctrica de Siemens & Halske (cuyo ingeniero tuve ocasión de conocer en Bilbao) basada en el aprovechamiento hidráulico. Puede advertirse, además, que incluso en lo más alto de las montañas han brotado pequeños núcleos de capitalismo: aquí cementeras, allí fábricas de maquinaria, acerías, plantas siderúrgicas, fábricas de muebles, etc.

En Bilbao, sin embargo, siguiendo una media hora río abajo y luego subiendo se modifica todo este paisaje. Sobre el valle y montaña arriba se observan viaductos, funiculares para carbón y vagonetas de mineral, raíles de ferrocarril y mecanismos basculantes que bajan hasta el mismo río. Las minas de hierro de aquí, actualmente las más grandes del mundo en *este* tipo de explotación, se han tragado ya por completo varios montes y siguen en funcionamiento. La devaluación del papel moneda conduce a que las 3 pesetas que se pagan de salario cuesten al empresario —expresado en marcos— ahora sólo los $\frac{2}{3}$ de las 3 pesetas que valía anteriormente. Los trabajadores son reclutados entre la nueva generación de campesinos, gente excelente, inteligente y fuerte, completamente moderna y asimilable a la del norte de Europa. Estos trabajadores deben cumplir puntualmente con todo lo que se les exige. Al mismo tiempo, se escuchan relatos tremendos sobre las dimensiones de la explotación —cobros en especie, vida en barracones—, similares a las más triviales formas de principios de este siglo en Inglaterra. En esas condiciones puede exportarse hierro a *Inglaterra*, exportación que continuará creciendo. Tras veinte años se habrán agotado las minas de hierro. Entonces llegará el turno de las hasta ahora inaccesibles minas de Galicia y Asturias, y Bilbao estará acabado. Hasta entonces, sin embargo, quedan dos décadas de rápido desarrollo capitalista, y cuando junto a la gran industria textil catalana situada en torno a Barcelona se inicie la explotación de las minas de hierro de los Pirineos —aún sin ferrocarril—, y cuando los aranceles sobre el carbón, que aún frenan el desarrollo de la industria del hierro, hayan promocionado suficientemente la minería de carbón y sean suprimidos, entonces el norte de España podrá ser el escenario de un desarrollo industrial, si bien esta potencialidad de desarrollo puede ser frenada por los tristes sucesos políticos. Los periódicos de Madrid parecen, en parte, haber dado ya Cuba por perdida. En cualquier caso, la latente bancarrota estatal continúa poco a poco su lenta marcha. Una de las más importantes fuentes locales de ingresos —y por lo tanto de impuestos—, el vino, ha dejado ya atrás su época dorada.

En la desembocadura del Nervión, que hasta aquí desde Bilbao —media hora de trayecto en el tren eléctrico— constituye un único muelle, se encuentran frente a frente Portugalete y la playa de Las Arenas, cada una en una orilla del gran río, que en esta zona está rodeado por altas costas y, en uno de los lados, por un elevado monte de cumbre cónica. Ambas localidades están conectadas sobre el río por un puente colgante, el cual consta de dos elegantes pilares de hierro —uno en cada orilla— de altura similar a la torre de una iglesia, que están unidos mediante colgantes y rieles de hierro y de los que cuelga una barcaza que se mueve a poca altura sobre las aguas del río. El paisaje es más hermoso *aquí*, si bien no existe la deseable conexión directa con Bilbao desde Las Arenas. Sin embargo, desde que ha llegado el buen tiempo estamos realmente contentos. Ayer noche, disfrutando del reflejo de todos los colores del arco iris en el mar, caminamos a lo largo de los acantilados hasta la desembocadura del siguiente río. En este lugar se halla un hermosísimo pueblecito

pegado al acantilado que abriga la bahía. Frente a él —como es habitual— se divisa un puerto en miniatura, con una estrecha entrada entre dos malecones de pared de piedra. Un lugar ejemplar, lleno de botes de pesca de empavesado multicolor. En el camino de vuelta se elevaba del mar una luna de color rojo oscuro.

Hoy hemos viajado durante algunas horas hacia el otro lado, atravesando hermosas zonas montañosas que sin quererlo nos recuerdan Tubinga y los valles y montes de la patria de Lutero. Vamos camino de Azpeitia, un pequeño pueblo que, como todos los de aquí, a mediodía tiene un mercado lleno de campesinos, cerdos y alborotos de todo tipo; está situado en un elevado valle, amistoso y fértil, rodeado por montes, de los cuales algunos tienen cimas grises y peladas y otros cumbres verdes y arboladas. A un cuarto de hora, entre risueñas praderas y jardines, se encuentra el convento de Loyola, construido en el lugar de nacimiento de San Ignacio y que conserva todas las reminiscencias de éste. Recientemente se le ha añadido una iglesia que, a pesar del negro mármol de su interior, produce una impresión poco agradable debido a que está pedantemente recargada. El resto es seminario. Después de comer en un hotel de los alrededores fuimos conducidos a través de toda la colección de reliquias —y reminiscencias— en compañía de campesinos, un capuchino, un joven discípulo con su director espiritual, un judío que se unía a todas las reverencias (claramente un banquero) y diversas damas. En el convento no está autorizada la entrada de mujeres. Y resulta que esto era realmente lo único que merecía la pena ver. Luz eléctrica, lavado a vapor, W.C., magníficos jardines conventuales, hermosos patios, fuentes de agua corriente con vasos y toallas —todo muy limpio—, y celdas pintadas de blanco con cama, cómoda y mesa para los jóvenes sacerdotes y acólitos. En la puerta hay una hoja donde figuran las obligaciones inmediatas que les corresponden, con una clavija que indica lo asignado a cada uno. También existen diversas aulas. Los alumnos descienden la escalera en grupos de 40-50 como una silenciosa tropa —cumpliendo el mandato de absoluto silencio imperante—, camino del refectorio donde una mesa en forma de herradura está dispuesta para la comida.

La biblioteca estaba curiosamente equipada en cuanto a objetos alemanes se refiere: la «*pièce de résistance*» (*sic*) era «Ennoblecimiento del estilo alemán», un mamotreto desaparecido hace ya tiempo. Cuando uno siente y ve entrar este aire delicioso y en absoluto serio del hermoso paisaje montañoso del exterior, el contraste entre los hombres y el edificio y los alrededores resulta realmente especial. En cualquier caso, nadie se daría cuenta de que este paraje es la patria del fundador de la Orden de los Jesuitas, del mismo modo que al contemplar las pacíficas aldeas costeras nadie se daría cuenta de que en una de ellas —aquí, en las cercanías— fue asesinado por anarquistas el presidente del gobierno español —C— hace cuatro semanas.

Con esto termino la charla por hoy. No tienes razón al pensar que es un «sacrificio» para mí. Al contrario, la forma más cómoda de llenar el tiempo después de la cena es recorrer las vivencias del día mediante una amplia con-

versación, pues de esa forma uno mismo gana claridad sobre lo vivido. Mariano te pide que le hagas enviar el segundo tomo de *Rube ist die erste Bürgerpflicht** de Alexis a Heidelberg. Por lo demás no hay más peticiones, aparte de muchos y cariñosos saludos.

Estaremos aquí hasta el final de la semana o quizás incluso hasta el lunes. Las cartas que como tarde se envíen el *viernes* podremos recibirlas aquí. A partir de entonces nuestra dirección es la siguiente: para el lunes poste restante (*sic*) de *Zaragoza*. Luego, hasta el jueves, poste restante (*sic*) de *Barcelona*. Tenemos intención de hacer una pequeña visita al convento de Montserrat en Barcelona, antes de iniciar el regreso a casa.

(Traducción de Javier Rodríguez Martínez y Koldo Morales Belda.)

* (N. del T.) «La tranquilidad es la primera obligación ciudadana».

Max Weber a Helene Weber
Las Arenas
18 de septiembre de 1897

Las Arenas 18.9.97

(Escrito transversalmente.)

Tenemos dos cartas tuyas:

- 1) la de Irún
- 2) la de Deva

He mandado que me reexpidan todo a Bilbao, pero quién sabe cuánto tardarán esta panda de vagos de Correos.

Querida madre:

Dices que en circunstancias normales quizás no fuera bueno recibir esta diversidad de impresiones como las que estamos experimentando, y tienes razón. Pero en una situación en la que era imposible siquiera pensar en trabajar, no habría podido permanecer quieto en un sitio. Los nervios se van calmando y o echábamos el ancla en algún sitio o volvíamos a Heidelberg. Pero lo segundo, lo preferible, no puede hacerse por Berthe, cuyas últimas noticias no eran buenas, por lo que nos quedaremos cuanto sea posible, hasta el 2 de octubre. Respecto de lo primero, el tiempo lo dificulta, con el que hemos tenido mala suerte. Hay mucho viento del Sur y es evidente que a Marianne no le sienta bien la humedad de aquí; lo cual, por cierto, no me lo esperaba. Ha sufrido esta noche el acceso más fuerte de asma desde que nos casamos y aún no se ha librado de él. Es algo hereditario (nada periódico), que lleva con una paciencia de la que yo carezco. Con todo y con eso, seguimos con la idea de ir a Aragón, cuyo clima es seco, y luego al Mediterráneo. El martes nos vamos a Zaragoza — ¡13 horas! — y, a continuación, a Barcelona, donde estaremos un tiempo. Visitaremos el monasterio de Montserrat y luego a casa. De trabajar de verdad, con el viaje de vuelta que nos queda, no hay ni que hablar. Como es lógico, tampoco el ánimo está en disposición de recrearse despreocupadamente en la naturaleza como en otras ocasiones. De modo que no queda sino dejar que la diversidad de sensaciones a que tenemos aquí acceso actúe sobre uno y que se fortalezcan completamente los nervios y se pongan en condiciones de profundizar con objetividad en nuestras vivencias. Esto ya está conseguido. Además, he visto y oído tantas cosas interesantes que por ese lado el viaje no ha sido infructuoso. Si ahora te las cuento minuciosamente es sobre todo porque, dada la diversidad de las impresiones, resulta grato, llegada la noche, recapitularlas y resumirlas. Eso es lo que voy a hacer ahora.

Ya antes de llegar aquí, y también aquí, habíamos tenido suficientes oportunidades de constatar el contraste tremendo que hay entre la laboriosidad de la población de estas hermosas provincias y la mezquindad de la Administración española. La baja empieza por los funcionarios. El Estado no confía ni un solo céntimo a los empleados de Correos. Los sellos no pueden adquirirse en ventanilla, sino *sólo* en los estancos del monopolio de tabacos, que se encargan de despacharlos al público quedándose con un porcentaje¹. El giro postal no existe, y los valores declarados, solamente internacionalmente. Al telegrafiar se comprende la razón que asiste al Estado para obrar así, pues es la única ocasión en que el funcionario ingresa *dinero*. A la entrega del telegrama te dan, mediante pago, un recibo. De no hacerlo, a menos de que uno sea cliente habitual, el telegrama no llega a su destino y el empleado se guarda la peseta en el bolsillo. Esto nos ha sucedido ya dos veces y sucede aquí a todo hijo de vecino.

En cambio, los campesinos son de los más maravillosos del mundo. Al parecer —no he podido comprobarlo—, se trata de arrendatarios hereditarios de los grandes terratenientes (dueños todavía de una parte del bosque y de los montes). Los arrendatarios poseen un derecho sucesorio de primogenitura sobre sus caseríos. Toda la estructura social del país, los usos e instituciones de la sociedad, son estrictamente democráticos. Al contrario de lo que ocurre en el interior de España, donde hay grandes latifundios y costumbres feudales, aquí no se hacen distinciones entre las clases; por ejemplo, en la mesa de la fonda, nadie recibe más atenciones que los demás. Cuando los terratenientes van a sus hasta cierto punto encantadoras, pero sencillas, casas de campo, para irse de caza a los montes, se amoldan al lenguaje y a los hábitos del lugar. La disciplina eclesiástica es rígida. Es ella la que impone que, por lo general, *únicamente* se baile aquí de modo *abierto*, y, por cierto, muy garbosamente. A su influencia se debe, probablemente, el uso en los pueblos de horribles trajes de baño de color negro o marrón que cubren todo el cuerpo. Los que se llevan aquí en Las Arenas, junto al puerto internacional, son parecidos a los nuestros. El bajo clero, sin estudios superiores, alterna con los campesinos de forma natural y amistosa, y comparte sus aficiones: fumar, que incluso lo hacen disimuladamente en las ceremonias religiosas y en los entierros, y escupir. El estrato superior del clero parece estar compuesto aquí por jesuitas, reconocibles por su faja negra. En las poblaciones pequeñas, los servicios públicos municipales comprenden —además de la escuela, oficialmente obligatoria, pero apenas frecuentada— plazas de médicos retribuidas. (Sus titulares no tienen derecho a cobrar honorarios, aunque las personas acomodadas les pagan voluntariamente. Su número es elevado; junto a ellos hay «medicos» [*sic*] que ejercen privadamente y que anuncian en la vía pública su «cabinete» [*sic*] como si se tratase de una barbería.) El municipio tiene a su cargo también la contratación de jugla-

¹ (N. del T.) Esta práctica sigue vigente hoy en día. Weber, por su situación psicológica, muy irritable, interpreta las diferencias con su país de origen en términos de corrupción, lo cual tiene mucho de cierto, salvo en este caso. Es notable su incapacidad para entender lógicas distintas a la suya propia. La falta de serenidad en su estado de ánimo no le beneficiaba.

res que, en cada atardecer y los domingos a mediodía, se ponen a tocar la música para acompañar el baile y el paseo. También las ciudades, como, por ejemplo, Bilbao, tienen su banda de música. Además está el «paseo» (*sic*) por una avenida si hace buen tiempo; si hace malo, por todas partes hay soportales amplios adosados a menudo a la iglesia o a la casa consistorial. El «paseo» (*sic*) representa aquí, para todos los estamentos sociales, el papel que nuestro baile de sociedad desempeña como lonja matrimonial. Desde la criada hasta la señorita, todas están allí los domingos a la hora de la música, envueltas en su «mantilla» y casi siempre con mamá. Por mediación de alguien, los pretendientes solicitan autorización para «caminar» con la señorita. En las clases superiores, la mamá no falta. Como entre las familias no hay trato como el que nosotros practicamos, el mutuo conocimiento de los futuros esposos se limita con frecuencia a las conversaciones del «paseo» (*sic*). Por lo general no hay «esponsales»: el novio, o bien se presenta un buen día como pretendiente y se casa, o bien «se esfuma». El *baile* concierne sólo a la clase *inferior*. Las clases acomodadas no bailan ni ofrecen reuniones de sociedad. Único lujo de las damas: se arreglan para ir a la iglesia (2 veces al día) y para ir de paseo (cada anochecer y los domingos a mediodía). El marido vive en el café. Intereses culturales: ninguno. Al llegar la noche, a la cama con las gallinas; por la mañana, acicalándose hasta la hora de misa; en casa, *nada*, sólo hijos, «perdón». Cada municipio, además, tiene a su cargo el frontón: un ángulo formado por dos paredes muy altas sobre un suelo enlosado —frecuentemente cubierto— donde el juego de pelota vasca, similar al lawn-tennis, se practica a diario. Cuando se trata de competiciones —como hoy en Bilbao— constituye un espectáculo público. Este juego es la diversión popular más importante, junto a las corridas de toros, a cuyo atractivo *no* se sustraen los alemanes residentes aquí. Muy peculiar es el gremio de pescadores de sardinas en los pueblecitos costeros. Cada captura es llevada a la lonja y, sea quien sea el pescador, pertenece al gremio. Existe, pues, un comunismo gremial. La pesca se vende en subasta, para la que hay una pequeña lonja donde cada uno de los asentadores del gremio respectivo tiene su puesto fijo y numerado. El subastero vocea un precio y luego lo va rebajando: 30, 29 3/4, 29 1/2, etc., hasta que un asentador aprieta un botón que hay junto a su puesto, sale su número, y así adquiere preferencia para realizar cuanta compra quiera al último precio voceado. Las sardinas, en parte, son revendidas frescas; la otra parte se ponen en aceite allí mismo. Si los precios bajan mucho, se iza una bandera roja que significa prohibición de hacerse a la mar. ¡Clásica institución gremial!

Los municipios y los distritos de las provincias vascas se autoadministran en forma estrictamente democrática. No existe *ningún* impuesto general del Estado, sino que las provincias, que no pagaban nada a España hasta la última guerra carlista, contribuyen ahora con una «reparación de guerra» fija. El importe se cubre *exclusivamente* con los gravámenes tradicionales sobre el suelo y sobre los artículos de primera necesidad. El patrimonio y las rentas están *exentos*. Por otra parte, el régimen electoral se basa en el sufragio *universal* e

igual de *todos* los que llevan dos años domiciliados en el municipio. Esto significa que, en la práctica, la elección es un negocio de compra-venta. Para la de diputado a Cortes el voto cuesta 25 pts. (= 25 francos, actualmente sólo 13 marcos). Las papeletas de los partidos están impresas y cada una de ellas consta de dos talones separables: uno se le da al elector para que vote; emitido el sufragio, éste recibe el otro talón como pagaré cobrable de la caja del partido. Lo mismo ocurre en las elecciones municipales. La capacidad tributaria del capital actúa como «capacidad adquisitiva de voto»: en lugar de impuestos, los pudientes pagan el soborno electoral. Esta organización democrática ha reemplazado a la vieja «junta» (*sic*) de los vascos, cuyos derechos se hallaban consignados en los «fuéros» (*sic*): una asamblea de notables que se reunía junto al roble sagrado de Guernica, a dos horas de tren de aquí, en un hermoso valle. El tronco del roble, ya reseco, desde hace siglos reemplazado por uno nuevo, se conserva en una urna de cristal como reliquia sagrada nacional. Lo estuvimos viendo en el viaje, y a uno le recuerda la *Vehmlinde* de Dortmund². La Casa de Juntas donde se celebran las sesiones durante los últimos siglos³ es de una sencillez del mejor gusto. Las «juntas» (*sic*) fueron motores del movimiento carlista, por lo que se suprimieron en 1875, después de la última guerra⁴. También ahora está en marcha un movimiento separatista carente, sin embargo, de porvenir⁵. Lo que se quiere es no estar sujetos a la contribución⁶.

Es sorprendente que esa «democracia» dé lugar a una Administración eficaz, pues hay que reconocer que el estado de las vías públicas, la limpieza de las ciudades, etc., son mucho mejores de lo que cabría esperar; mejores incluso, por ejemplo, que en el sur de Francia (excluyendo Burdeos). La *alta* porquería comienza por el Gobernador, primer funcionario *estatal*. Sobre estos cimientos se está desarrollando el más moderno capitalismo con una furia extraordinaria. Una mañana estuve con el ingeniero de la «Orconera» en las minas de hierro de la empresa —sus socios son Krupp, dos ingleses y tres o cuatro españoles de parecido calibre— cuyo terreno ha sido arrendado a una familia vasca terrateniente⁷ a la que la compañía paga un canon de un chelín por cada tonelada de mineral extraída. Dado que se extraen anualmente un millón de toneladas, pagan un millón de chelines por *año*. La sociedad, cuyo director es un cierto señor Gill —hermano o primo, a juzgar por su aspecto, del berlinés fallecido—, equipa las minas, que comprenden toda una montaña, con ferrocarriles, cargaderos, etc., y dirige la explotación. La contratación de mano de obra está adjudicada en cada mina a un contratista que percibe un tanto por ciento por tonelada extraída y hace un gran negocio. Por su parte, la

² (N. del T.) Tilo sagrado bajo el cual se administraba justicia en la Edad Media.

³ (N. del T.) De hecho, fue construida en 1826.

⁴ (N. del T.) La guerra terminó en 1876 y la Juntas se suprimieron en 1877.

⁵ (N. del T.) Se está refiriendo, sin duda, al movimiento nacionalista promovido por Sabino Arana a partir de 1893.

⁶ (N. del T.) Se refiere al lema «el Fuero es no pagar».

⁷ (N. del T.) Se está refiriendo a los hermanos Ybarra y Gutiérrez de Caviedes, los socios vascos.

compañía reparte la producción, en bruto, entre los socios, los cuales la utilizan, la funden, etc., en sus empresas respectivas. Los dividendos nominales suelen llegar a un 40 ó 50%.

No hay en el mundo cosa más imponente que estas minas. Ninguna reglamentación administrativa limita la audacia del técnico. Se sube en una locomotora o en un pequeño vagón enganchado al tren de mercancías de la mina, viajando luego hacia lo alto en una de las vagonetas colgantes del funicular que ascienden a toda velocidad mientras del otro extremo del cable las vagonetas cargadas a rebosar se deslizan rápidamente hacia abajo. A unos mil pies de altura se puede observar el febril aplanamiento de la montaña en forma de terrazas, donde sólo se trabaja «al raso». Para los varios millares de obreros han sido construidos por la compañía, pegados a estos montes, poblados con iglesias, hospitales, puestos de policía, tabernas, guarderías, inmersos en una suciedad a veces repelente: constantemente se ven marcas de viruela negra, etc. La gran masa de trabajadores no cualificados son gallegos; los cualificados —barrenadores, etc.— son vascos, que están muy solicitados y perciben jornales más altos: entre 14 y 15 reales = 3 1/2 pesetas al día: un sueldo nada bajo incluso comparado con Alemania. El problema *técnico* se reduce al transporte; es decir, no se trata sino de hacer bajar hasta el Nervión, con el mayor ahorro posible de trabajo, las masas parduzcas de mineral que hay a ras de suelo, bajo la hierba, y llegan hasta la roca calcárea yacente a una profundidad mucho mayor, después de haberlas partido o haberlas barrenado y haberlas limpiado por encima de las impurezas de arcilla y otras. No tengo los conocimientos técnicos para saber la forma tan sencilla y genial en que resuelven el problema: primeramente, el mineral es vertido desde lo alto en una tolva enorme abierta en la tierra, por la que pasa a un túnel subterráneo a través del cual una máquina arrastra las vagonetas que lo transportan; una vez cargadas, éstas se deslizan paulatinamente hacia abajo mediante un sistema de planos inclinados, tiran hacia arriba, por su propia inercia, de las vagonetas vacías que se han descargado abajo y llegan a unos dispositivos automáticos donde se vacían volcando su carga en otras mayores mientras los desechos son arrojados al fondo del valle; al final, el mineral es cargado en barcos, hasta donde llegan por un sinfín de cables aéreos que se cruzan unos con otros a gran altura sobre el valle en pequeñas vagonetas, cubos y otros recipientes colgantes. Todo esto, así como los montes que la mina se va comiendo en dirección a Santander, alzándose sobre el mar y el valle del Nervión humeante por cien chimeneas, es un espectáculo tan sencillamente grandioso que resulta inolvidable.

El enorme poder de los capitales invertidos sobre estas bases, que también se asientan en el ámbito metalúrgico, en instalaciones de altos hornos, en talleres de fundición, incluso en algunas fábricas algo atrasadas técnicamente de armas y maquinaria, junto a todos los ramos imaginables de la producción, se aprovecha, en proporciones gigantescas, de la deplorable situación de la Administración española. Para las personas con quienes he hablado, la venalidad del Gobernador, de los ministros y de todos los funcionarios estatales es algo total-

mente natural. Por mucho que exageren, la parte de verdad es bastante. En estas circunstancias, vinculadas a la mala situación de las finanzas, lo que nosotros llamamos «Cartelle» se forman aquí de la forma más sencilla. Por ejemplo, el gobierno «monopoliza» la fabricación de dinamita, lo que significa que el sector privado no puede crear fábricas *nuevas*. El Gobierno no puede, ni de lejos, crearlas él mismo, pues ¿de dónde sacaría los medios? En lugar de ello, como en la antigua Roma, se *arrendaba* la recaudación de *todos* los impuestos a empresarios privados a cambio de un tanto alzado y adjudicándola, mediante subasta, al mejor postor. Del mismo modo se procede con el negocio de la «estatalmente» monopolizada dinamita. La concesión se otorga mediante subasta. Naturalmente, sólo se formula *una* oferta: la de las fábricas unidas a tal efecto. De modo que ingresan al erario público una cantidad anual fija a cambio de la concesión del derecho exclusivo de fabricar dinamita sin competencia, y cubren el gasto que ello les supone duplicando —como ha sucedido— el precio del producto. Tal es la consecuencia del monopolio «estatal». Exactamente lo mismo ha ocurrido ahora con el petróleo, también monopolizado «estatalmente» desde hace poco tiempo. El gobierno sacó a subasta el arrendamiento y fijó un precio inicial de 18 millones de pesetas al año. Resultado: hay *una* oferta, procedente de Bilbao, que asciende *tan sólo a 14* millones. Los periódicos están que trinan, pero cuentan con la posibilidad de que de hecho se acepte la oferta. Y de hecho, aun ofreciendo 2 ó 3 millones de soborno *anuales*, los postores saldrían mejor que aceptando la oferta del Estado. El petróleo tendría un precio arbitrario. Así es como el capital insolente avasalla al Estado inerme por vías formalmente legales.

Se elogia a los obreros por su sobriedad, por ser de buen conformar, etc. Del confinamiento en el tradicionalismo por obra del clero depende la medida en que aún pueden seguir siendo explotados, tanto en lo político como en lo económico, más en lo primero que en lo segundo. Actualmente, los socialistas están trabajando duro. Cuando la «democracia» llegue en serio, nadie sabe lo que podrá pasar.

Domingo por la noche. Ayer *Marianne* no me acompañó en mi excursión a las minas, porque por la noche había tenido un fuerte ataque de asma. La de ayer a hoy ha sido, desgraciadamente, *mucho* peor. La pobrecita ha estado toda la noche sentada en la cama esforzándose espantosamente para aspirar aire. En vista de ello, hemos renunciado a hacer cuanto teníamos previsto hoy, y se ha pasado el día entero en cama. Por fortuna, esto la ha mejorado. Entre tanto he sabido de lo perjudicial de este clima para personas con afecciones respiratorias. El director Gill, que es tuberculoso, se morirá a consecuencia de ello. Partiremos hacia Zaragoza, el martes a primera hora a ser posible, pasando por Miranda de Ebro y descendiendo a lo largo del valle del Ebro. El jueves seguiremos para Barcelona. Es una gran pena, porque la playa de aquí es magnífica y las olas son gigantescas. Toda la comarca es preciosa, pero más vale así. Espero que una vez en el Mediterráneo se le pasará; eso es lo que dicen aquí.

Termino. Las cartas que salgan hasta el sábado *a primera hora* las recibire-

mos en Barcelona, poste restante (*sic*). Todo lo demás de que tratas en tu carta lo dejo para otra ocasión. Marianne os saluda también, de todo corazón, a ti y a los hermanos.

Tu Max

Lunes: Olvidé la carta. Las cosas van mejor hoy, después de que el médico me ha dado un expectorante. Sigue el mal tiempo. *En todo caso*, queremos salir mañana.

(Traducción de Javier Rodríguez Martínez y Koldo Morales Belda.)